

# *Nuestro Primer Ejército*

Teniente Coronel José Roberto Ibáñez S.

## DE NEMEQUENE A TISQUESUZA

(Continuación)

Los nuevos supremos señores de Bogotá y Tunja, debieron comenzar su gobierno hacia 1490. Pero mientras el primero heredaba el mismo espíritu conquistador de su predecesor al cual aunaba especiales atributos políticos, el segundo continuaría en la pasividad, características de su pueblo.

Poco tiempo llevaba Nemequene en el Zipado, cuando los fusagasugaes, creyéndolo débil y timorato, se levantaron contra su autoridad; pero éste, puso cuarenta mil guerreros bajo el mando del nuevo cacique de Chía, su sobrino y heredero Tisquesuza, quien rápidamente se internó por las fragosas montañas hasta dar con el rebelde enemigo antes de que pudiera ofrecerle resistencia, resultándole así la campaña más fácil de lo previsto. Al poco tiempo regresó por Pasca, llevando ante el Zipa la fidelidad y ricos presentes de Izotama.

Nemequene pudo entregarse así a la organización de su gobierno y a planear la conquista de nuevas tierras para extender sus dominios. En primer lugar, para prevenirse de cualquier intento de invasión Panche, organizó en aquella frontera fuertes guarniciones guechuas, que simultáneamente entrenaban sus guerreros en los bélicos oficios; luego dió a su pueblo una serie de normas, que, por su contenido moral, habrían de ser la base del comportamiento social de sus gobernados. He aquí algunas de ellas: Quien matase a otro debería morir, aún cuando lo perdonasen los parientes de la víctima, por que la vida provenía de Zue y sólo a él le estaba dado quitarla a los hombres. La misma pena habría de aplicarse al soltero que atropellase a una mujer; pero si quien esto hiciere fuere casado, dos solteros deberían dormir con la suya. Quien tuviera relaciones carnales con su madre, hija, hermana o sobrina, le deberían

meter en un hoyo lleno de agua y de espantosas sabandijas, tapándole luego con una piedra, pues éste, decía el legislador, es poco el castigo para tan horrendo como abominable crimen. Si alguna mujer pereciese de parto, el padre del niño muerto, debería perder la mitad de su hacienda en favor de sus suegros o parientes más cercanos de ella; pero si la criatura sobreviviese, no perdería más que lo que gastase en su crianza. Ningún cacique por poderoso que fuese podría subir en andas, tamaña dignidad sólo se reservaría al Zipa o a quien éste distinguiese en mérito de algún servicio militar notable. Igualmente, limitó el uso de vestidos y joyas a los principales caciques y usaques de generosa casta, así como el privilegio de horadarse las orejas y narices para el uso de joyas. Los bienes y haciendas del que muriese sin dejar herederos, pasaría a incrementar el patrimonio del Zipa.

Si para el tiempo que fiaba sus mercancías no se le acudía con la paga, era ley que cuantas lunas pasasen del tiempo señalado, fuere creciendo la deuda por mitades, conque muchas veces venía hacer el número de la deuda crecidísimo sobre la deuda original.

Para el que fuese ladrón mandó que con fuego puesto delante de los ojos lo cegasen, y si los hurtos fuesen de gravedad o retardados se les quebrasen con puntas de espinas. En general lo que pudiéramos llamar código no escrito de Nemequene contenía:

Un régimen de privilegios según las categorías sociales, políticas y religiosas.

Un conjunto de normas fiscales.

Un sistema punitivo para las relaciones incestuosas, el homicidio, los delitos contra la propiedad y relaciones extramaritales.

Los que incurrieran en el pecado negando deberían morir con tormentos que generalmente consistían en empobrecerlos con una estaca de una palma espinosa hasta que le salía por el cerebro.

A quien huyese de la batalla antes de su jefe, debería aplicársele la última pena, y el que mostrase miedo o cobardía, se le vestiría con ropas de mujer y se le destinaría a oficios y

menesteres propios de aquél sexo, hasta que su jefe o cacique a bien tuviera revocarle la pena. Así mismo estableció otros castigos menores por faltas leves, tales como romper la manta y trasquilar cabellos al infractor, que eran tenidos como el mejor signo de nobleza.

Con tan correctas reglas sociales, quiso además Nemequene infundir el máximo espíritu guerrero a sus hombres para prepararlos para la gran empresa que acariciaba desde joven. Bien sabía que su pueblo no era guerrero por antonomasia, pero también conocía las reglas de la psicología que dicen que no importa el espíritu de la masa como el del caudillo, por eso siempre que el ejemplo vivo del coraje, el honor y toda otra suerte de virtudes.

Mientras el Zipa se ocupaba en tan elevados oficios el Guatavita y el Ubaque, invadieron nuevamente sus tierras por Zipaquirá. Nemequene rápido acudió a castigar tamaño atrevimiento con 16.000 guerreros disponibles, los cuales fueron, sin embargo, suficientes para castigar militarmente al Guatavita en Cajicá y obligar al Ubaque a regresar a su pueblo. Más ambos humillados pero no arrepentidos, se mantuvieron a la espera de una nueva oportunidad, instigados por el joven Hunzaque.

Pero quiso el hado que el Guatavita cayese víctima de sus propios designios; porque, viendo este señor que sus súbditos que eran los mejores orfebres de todas las tierras chibchas, se encontraban diseminados en toda la sabana al servicio del Zipa o de otros caciques independientes, sin que les prestasen a él ningún servicio, dispuso que todos regresasen a Guatavita, y que, el cacique que deseara conservar alguno de ellos, debería mandarle dos de los suyos en su reemplazo.

Nemequene, astuto como el más, pidió muchos oficiales a guatavita, no tanto porque tuviese empleo para ellos, como para poder infiltrar a sus más fieles guerreros en casa de su rival, con la consigna de que a determinada señal le matasen junto con toda su parentela sin dejar a uno solo que pudiera más tarde declararse heredero. Por este medio, más de tres mil bacatás llegaron aparentemente a servir al señor de la alta sierra, quien ingenuo pero orgulloso, jactábase de que el Zipa y otros principales caciques le pagaran tributos. Y no era para menos,

pues gobernaba independientemente por las pródigas tierras que van desde las fronteras con turmequé hasta Chocontá y Tocancipá, aparte de que bajo sus dominios se encontraba la sagrada laguna, que veneraban todos los hombres.

Pero, las astutas medidas de Nemequene, no eran suficientes para derrocar al Guatavita, ya que además necesitaba invadir directamente aquellas tierras, tarea muy difícil si no se obtenía el concurso del cacique de Guasca, tributario del Guatavita, quien guardaba el importante paso de la cordillera que da acceso a las altas montañas.

Pero al fin, pudieron más los regalos, halagos y ofrecimientos del Zipa que la fidelidad del Cacique de Guasca al Guatavita, quien durante una noche acordada no sólo dió paso al poderoso ejército de Nemequene, sino que atento a la señal convenida de los quitacolumnistas dió aviso al Zipa del momento oportuno y aun le acompañó en el asalto donde no quedó sino el recuerdo del señor de la Alta Sierra y su familia.

Para sustentar su dominio en tan vasto territorio Nemequene nombró a un hermano suyo cacique de Guatavita, mientras él con sus huestes vencedoras divididas en dos columnas una por Chichaguá y otra por el Portachuelo, marchó sobre el Ubaque.

Seis o siete lunas duró aquella guerra, pues si bien los Ubaques peleaban en su propio suelo con las ventajas que aporta conocer palmo a palmo sus senderos, vericuetos y pasos obligados, los bogotáes al fin salieron victoriosos debido a la facilidad con que reparaban sus bajas en el combate, gracias al mayor número de súbditos.

Ampliados de esta forma sus dominios, Nemequene regresó a Bacatá en medio del bullicio entusiasta de la muchedumbre. Pero como el temple de su alma no estaba para el reposo sino para la acción, al poco tiempo volvió su ejército contra tres poderosos caciques independientes: el de Simijaca o nariz de Lechuza, el de Susa o Paja Blanca y el de Ubaté o Sangre derramada, a los cuales, después de varias acciones encarnizadas, especialmente la del Boquerón donde pudieron más que el ardor bélico de los combatientes, la intimidación o ultimátum que les hizo. De esta forma les sujetó e hizo tributarios extendiendo así su autoridad hasta Saboyá y las fronteras con los Muzos, horribles moradores de las ariscas montañas donde la Furatena,

como una mariposa se paseaba por la comarca de las codiciadas piedras verdes.

Aprovechando la ausencia del Zipa, su hermano, nuevo cacique de Guatavita, noticioso de que el Ubaque, su suegro guardaba preciosos tesoros en un peñol, resolvió apoderarse de ellos por cualquier medio. So pretexto de pasar revista a las guarniciones con orden de su hermano, engañó al cacique, de chichaguí, vasallo del Ubaque, guardador del tesoro. Mas, el Ubaque avisado oportunamente acudió apresto a defender su fortuna, trabándose terrible combate durante cinco días, que al fin le resultó favorable con la muerte del codicioso Guatavita, quien antes de morir, arrojó a la laguna los tesoros.

Temeroso el Ubaque de la cólera de Nemequene por la muerte de su hermano, le envió embajadas con la explicación y excusas del caso. Y éste, justiciero y recto, por sobre sus propios sentimientos, perdonó al Ubaque, a quien mandó comparecer a su presencia. Este acudió presuroso con hermosos presentes compuestos de veinte hermosas doncellas bien vestidas y adornadas con preciosas joyas, cien cajas de fina ropa de algodón, esmeraldas y figuras de animales en oro y plata, de las que el Zipa apenas tomó una manta de algodón.

Así, sólo restaba al Bacatá reducir al Hunzaque para unificar el gobierno de los de su raza. Con tal propósito reunió a sus principales vasallos y a los Usaques, a quienes advirtió de sus planes, dándoles treinta días de plazo para efectuar el reclutamiento de hombres y alistamiento de provisiones.

Caciques y Jeques salieron presurosos a cumplir la tarea; cada uno por sus respectivas tierras fue reclutando todo varón apto para la guerra, alistando armas, principalmente macanas, garrotes, hondas, flechas y tiraderas, arma ésta última la más popular e inofensiva de los Chibchas. Asimismo provisiones y mujeres para satisfacer la gloria de los héroes en la jornada decisiva.

No se ahorró esfuerzo en la preparación de comida, generalmente chicha y maíz en cada una de las poblaciones por las que debía pasar el ejército de bogotáés.

Al lugar fijado para la concentración que era la propia ciudad de Bacatá, empezaron a llegar numerosos escuadrones según la importancia y jerarquía del cacique o Ubaque que los

mandaba; del Oriente, los del gran Guatavita, adornados sus pechos con gruesos pectros de oro y collares, por el norte las huestes del leal cacique de Sopó y las del poderoso Tisquesuza cacique de Chía y heredero del trono, llevando en andas a su Señor. Por el Occidente las austeras pero aguerridas formaciones Guechuas ufanas de haber rechazado varios intentos de invasiones Panches y ahora ansiosos de poder participar en la campaña contra los Hunzaques.

Nemequene, en sus lujosas andas de madera, adornadas de bellisimas joyas de oro que sus más destacados orfebres habían trabajado, pasó revista de cada uno de sus cuerpos, participando a cada uno de la razón de la lucha, que no era otra que la de hacerse con las ricas tierras del Hunzaque para extender sus fronteras hasta los sagrados Santuarios de Sugamuxi y forjar un imperio que rivalizara en poder con el lejano Inca del Sur de quien se tenía vagas noticias.

Era realmente imponente el aspecto que a la distancia presentaban aquellos 60.000 guerreros, dispuestos a dar la vida por su inédito caudillo; al frente de cada formación resplandecían las medias lunas y pectros de oro que llevaban Jeques y Caciques sobre sus frentes y pechos, matizados los reflejos por el colorido plumaje con que adornaban sus cabezas; mientras la multitud en estridente vocerío levantaba sus armas, generalmente fuertes macanas, flechas, hondas y tiraderas, como la más férvida oración bélica al poderoso Zue, quien con sus rayos dorados parecía gozar de la grandeza de su protegido Nemequene. Llegando al climax, cuando los rituales sacrificios empezaban a verter la inocente sangre de muchos infantes. Veinte días duraron los sacrificios y sagas o ayunos combinados de no poca bebida de chicha, licor poderoso que hace al hombre valiente y le transporta por las sendas de la victoria. Preparativos bélicos y muestras de poder se realizaron con el mayor estruendo, pronto llegaron a oídos de Quemuenchatocha, quien empezó a preparar la defensa de su reino, pidiendo ayuda a los poderosos señores independientes de Duitama y Sugamuxi (Nompanim) y a advertir al Turmequé del peligro que le acechaba. El Hunzaque alcanzó a reunir 50.000 hombres, reforzados luego con 12.000 más del Sugamuxi.

Turmequé no tuvo tiempo o se manifestó impotente ante la vanguardia de Nemequene, compuesta de Guechuas a órdenes

del aguerrido Zaquezzipa quien se paseó victorioso por sus campos y abrió el camino al grueso Ejército, obligando al Hunzaque a salir a su paso.

El encuentro tuvo lugar en el arroyo de las vueltas, cuya pequeña corriente queda como límite de las fuerzas en contienda. Pero como el gran Nemequene, quisiera lograr por la paz y la diplomacia el sometimiento de su adversario, envió distinguida embajada al Honzaque, manifestándole su deseo de que dado su poder e invencible ejército, cuantas veces probado en la guerra contra otros enemigos, recapacitase en las pérdidas que le acarrearía la derrota y las vidas de sus hombres y se aprestase a rendirle tributo como supremo señor de los de su raza, para lo cual sería recompensado con la tenencia de su trono y el primer voto entre sus consejeros, así en la paz como en la guerra.

Mas, como el Hunzaque se sintiera ofendido por lo que, consideraba un ultraje a su persona y linaje y quisiera al mismo tiempo evitar el consecuente derramamiento de sangre, propuso a Nemequene un combate singular con el que quedaría dirimida la contienda, pues quien saliera victorioso, se reconocería como el máximo señor de Bogotás y Tunjas.

Bien hubiera querido el Zipa aceptar el desafío, pero persuadido de sus consejeros quienes le hicieron ver que de esta suerte no sólo se arriesgaba una victoria ya descontada, sino que además no debía combatir con otro señor que era en la práctica su vasallo, optó por arengar a sus tropas y lanzarlos frontalmente a la batalla. Bien sabía que ante su valor y prestancia, todos sus súbditos estarían prestos a ofrendar su vida y libertad.

Así, entraron en acción, primero nubes de piedras lanzadas de lo lejos por los honderos con sin igual maestría que causaron numerosas bajas en uno y otro bando, luego las flechas que por limpios de mortal ponzoña que usaban Panches y Muzos, no era ni mucho menos inofensiva, antes bien perforó los pechos, vientres y músculos de los combatientes; hasta cuando llegó el choque cuerpo a cuerpo en el cual la macana y el garrote manejado más diestramente por los Bacataes empezó a balancear la victoria; mientras Quemuenchatocha y Nemequene, llevados en andas de un lado a otro del frente de batalla, arengaba cada uno a los suyos de la mejor forma.

Buena parte de las fuerzas del Zipa había pasado el riachuelo y presionaba con ardor al enemigo, especialmente los Guechuas de Zaquezzipa, cuando Nemequene en uno de sus característicos arranques de coraje quiso ir más al frente para apresurar el triunfo. Tamaña osadía la pagó muy caro, pues una flecha vino a clavarse en su tetilla izquierda, la que él mismo se sacó pero le causó inmediato decaimiento físico, más no espiritual, ya que valiéndose de su situación exhortaba a los suyos a vengarle.

Pero como su curación imponía alejarse del frente de batalla, al llevarle a la retaguardia, la noticia se esparció como el viento en las filas de los dos ejércitos, con lo cual el Hunzaque intuyendo la ventaja que podía sacar en el difícil trance que se hallaba, tomó nuevos bríos e infundió a sus huestes en retirada todo el brío necesario para contener y contra-atacar a su enemigo, que sin el eje espiritual de la lucha fue cediendo la ventaja alcanzada en varias horas de combate, no sin causar numerosas bajas en las filas contrarias.

Sin embargo, lo que hubiera podido ser una victoria decisiva del Hunzaque, apenas fue una batalla indecisa; bien por que los Guechunos solos resistieron el contra-ataque hasta que los Bacataes se retiraron al sur de Chocontá, bien porque Quemenchatocha no quiso perseguirles más allá de este sitio, contentándose con haberles rechazado del límite de sus tierras.

Pudieron así las fuerzas del Zipa retirarse a Bacatá, en medio del llanto y desesperación por su jefe, quien a pesar de los cuidados y medicinas de los jeques, murió cinco días después de su llegada a la sede de su gobierno.

Los funerales de Nemequene fueron arreglados ocultamente por los sacerdotes quienes le enterraron en una profunda fosa, cavada en la mitad del espeso follaje. Todos los tesoros personales, especialmente figuras de oro, esmeraldas, sus armas y vestidos fueron colocados en su tumba. Así mismo, cuatro de sus principales mujeres y varios esclavos, luego de beber un soporífero brebaje, descendieron con él al sepulcro, para acompañarle en el largo camino de la eternidad, eso sí aprovisionados de buena chicha, yuca y maíz.

Así terminó el más grande de los Zipas, y el primer legislador colombiano; de no haber sido por aquel flechazo reci-

bido en su última batalla, quizá hubiera forjado poderoso imperio que, sin embargo estaba destinado a la ruina, por lo que entonces y hoy llaman civilización. Pero lo dice el cronista: "Nemequene gobernó 24 años, en medio de tantos peligros, teniendo por alcanzar de sus guerreros, las campañas de los contrarios. Pero sin duda enseñó que la vida de los reyes dura más en el mundo de las armas que en el regazo de los palacios.

La sucesión de Nemequene, no ofrecía ninguna duda como quiera que debía merecer por su sobrino. Así lo consultaron unánimemente Jeques y Caciques en la persona de Tisquesuza, Cacique de Chía, joven elegante y digno, pues desde la pubertad había salido airoso de una de las pruebas a que se sometía a los gobernantes, como era el de haberse mostrado indiferente frente a una bella y provocativa mujer desnuda frente a él, estando él también desnudo, amén de su valentía y espíritu guerrero demostrado en cada una de las campañas de que hemos hablado.

Así, después, investido de su omnipotente cargo fue la primera tarea de Tisquesuza al preparar la guerra contra el Hunzaque, con el doble propósito de someterle y vengar a su predecesor; el alistamiento de hombres y especialmente comida en cada una de las poblaciones por las que debía pasar el ejército llevó varias lunas; pero cuando ya se estaba operando la nueva concentración humana; aparecieron por el norte algo más de un centenar de raros guerreros que con las armas de lo que llaman civilización, pusieron punto final al proyectado imperio bogotano.